

Camino a futuro

BIBLIOTECAS Y HUMANIDADES DIGITALES

EDGARDO CIVALLERO

MEMORIAS Y BIBLIOTECAS

COMO INSTITUCIÓN GESTORA DE MEMORIAS, la biblioteca juega el rol de guardiana de una parte de los saberes y las historias de su comunidad. Dicho rol la obliga a garantizar que la memoria colectiva que maneja sea accesible, a sabiendas de que su uso conlleva la posibilidad de un cambio, de un descubrimiento, de una mejora en su comunidad... Tiene, pues, la responsabilidad de que esos documentos —patrimonio y bien común de la sociedad a la que pertenecen— sean útiles, es decir, que cumplan un fin. Caso contrario, la propia existencia de la institución y de sus contenidos pierde buena parte de su sentido: una de las misiones esenciales de cualquier biblioteca es la circulación del conocimiento que alberga y organiza.

Como parte de ese acervo recolectado y manejado por las bibliotecas, las colecciones patrimoniales pueden ser utilizadas para reforzar y cimentar identidades, especialmente las de grupos sociales invisibilizados, olvidados, marginados o atacados; para desempolvar o refrescar historias, sobre todo esas “historias pequeñas” que suelen pasar desapercibidas desde la perspectiva “macro” pero que resultan esenciales para entender de manera integral el desarrollo de una comunidad o el de una región; para facilitar conexiones entre hechos y datos que parecían no estar vinculados, pero que a la postre resultan estarlo gracias a los elementos aportados por un manuscrito o por una grabación en carrete; para fomentar discusiones y debates, y establecer procesos de investigación y construcción de saberes; y un largo y muy variado “etcétera”.

La biblioteca debe ser un espacio abierto para todos y de todos, y debe intentar reflejar la cultura de todos.

Lo primero implica que el acceso a sus colecciones —incluyendo las patrimoniales— no debería estar reservado a determinados grupos o estamentos (p.ej. los académicos); con los recaudos del caso, deberían desarrollarse programas y acciones que permitan a toda la ciudadanía acceder, consultar y revisar su memoria. Lo segundo conlleva un abordaje plural e integral de la memoria colectiva: decantarse por una sola visión o versión no hace más que convertir a la biblioteca en otra herramienta de presión y aculturación; cerrarse a un sector la desconecta de su misión última, y arranca del suelo muchas de las raíces que la nutren, o que podrían hacerlo.

Como gestora de unos contenidos únicos —será preciso recordar aquí que “la información es poder”— la biblioteca debe asumir el compromiso de su conservación y de su difusión. Servir de plataforma para ciertos discursos y ciertas memorias puede significar el empoderamiento de una comunidad entera —sociedades indígenas, por ejemplo— o la diferencia entre visibilidad e invisibilidad para un sector relegado, castigado o excluido. En estos casos suele hablarse de “darle voz a los sin voz”, aunque la frase puede resultar decididamente arrogante: no hace falta darles voz a esos sectores, sino quitarles las mordazas.

La biblioteca posee las herramientas para hacer que todo esto sea posible. Unas herramientas, por cierto, cada día más potentes y diversas.

EL ROL DE LAS TICS

Las nuevas TICS —tecnologías de la información y la comunicación— han aportado un buen número de herramientas a las instituciones de conservación de la memoria y a sus disciplinas asociadas: la bibliotecología, la archivística, la museología... Los dispositivos, lenguajes y técnicas provistos por la revolución digital han permitido recolectar información en distintos formatos, almacenarla de manera masiva en piezas de *hardware* significativamente pequeñas, analizarla y acceder a datos relevantes a una velocidad de vértigo, hacer que dé la vuelta al mundo en un par de minutos, y permitir su acceso, su visualización y su reproducción a través de un amplio abanico de canales. Un escenario, el actual, que solo un puñado de visionarios soñaba hace tres décadas.

Todo avance, sin embargo, tiene sus costes, y todas las luces, sus sombras. El entusiasmo contemporáneo ante tecnologías que parecen ser capaces de todo no debe anular nuestro pensamiento crítico, ni menoscabar nuestro juicio reposado. Las TICS presentan numerosos inconvenientes: desde su obsolescencia programada hasta su coste ecológico, pasando por problemas de privacidad o de sostenibilidad tecnológica. Al mismo tiempo, no son —ni deberían ser consideradas como— la panacea a todos los problemas, ni un fin en sí mismas: son simples herramientas (avanzadas, increíbles a veces, pero herramientas, al fin y al cabo) que son empleadas por seres humanos para realizar una labor que permita alcanzar unas metas determinadas. No deberían sustituir ni a los humanos ni a su capacidad para razonar: caso contrario, no seríamos más que una tropa de esclavos de las máquinas (Civallero, 2012; 2016).

Sin embargo, empleadas con juicio y sentido crítico, y tras evaluaciones previas que aseguren que su uso es necesario, las nuevas herramientas —como todas sus antecesoras— son de gran ayuda; en el caso puntual que nos ocupa, para recuperar la memoria colectiva y gestionar colec-

ciones patrimoniales. La digitalización de fondos y la creación de libros digitales ha permitido la recuperación y la divulgación de colecciones patrimoniales enteras. Las herramientas de análisis de texto han logrado que esos mismos documentos puedan ser interrogados por investigadores y curiosos, a la búsqueda de datos.

Las bases virtuales facilitan que los volúmenes digitales puedan describirse a través de una rica serie de metadatos y se vinculen a otros documentos, por ejemplo, audiovisuales, algo esencial, entre otros casos, a la hora de organizar tradición oral. Las redes sociales y plataformas colaborativas permiten el trabajo de varios miembros de un equipo sobre una serie de documentos, su autenticación mediante la comparación con fuentes similares en otras partes del mundo, y la producción de trabajos de investigación multidisciplinarios e internacionales.

Uno de los núcleos centrales de la revolución digital es, sin lugar a dudas, Internet: la red de redes. Más allá de proporcionar un complejo y rico entramado de autopistas virtuales y de espacios de almacenamiento y visualización de contenidos, Internet se ha convertido en una comunidad de usuarios. Un espacio para el intercambio, el diálogo y el aprendizaje. Y esa comunidad ha desarrollado una cultura propia. O un conjunto variopinto de culturas con unos valores comunes.

El conocimiento y el acceso abiertos, la interconexión o *networking*, la construcción comunitaria de contenidos, los *commons*... Todos ellos son elementos que nacieron fuera de la Red, pero que han encontrado en ella el perfecto caldo de cultivo para crecer, prosperar, cambiar, evolucionar, mejorar, corregirse y reformularse. Movimientos enteros —desde el *open source* y el *self-archiving* al infoactivismo— nacieron y crecieron al calor de estos valores.

Como era de esperar, en algún momento entrarían en contacto —y en conflicto— con algunos aspectos de la realidad *extranet*. De ese encuentro nacieron, entre otras, las humanidades digitales: una corriente de pensamiento y acción que, de un tiempo a esta parte, se ha convertido en el marco desde el que se gesta el futuro de la conservación de la memoria.

HUMANIDADES DIGITALES

Las humanidades digitales son el producto del encuentro entre las disciplinas académicas conocidas como “humanidades” y la cultura digital: la de las comunidades que habitan la red de redes (*vid.* Burdick *et al.*, 2012; Schreibman *et al.*, 2004; Terras *et al.*, 2013).

El encuentro no estuvo libre de roces disimulados o de abiertos enfrentamientos. El universo académico representa varios siglos de metódico trabajo científico, y es el máximo exponente de valores como el análisis crítico o la honestidad intelectual. Pero también es el representante de un puñado de elementos negativos que llevan enquistados en el seno de las disciplinas académicas prácticamente desde sus orígenes: el individualismo, la competitividad, el gusto por loas y honores, la honra a los héroes y sus carreras, la publicación como fin exclusivo de cualquier trabajo de investigación, las estructuras jerárquicas, la desconexión de la realidad y las “torres de marfil”, el respeto por la autoridad y las “vacas sagradas”. Muchos de estos quistes han sobrevivido y se han reproducido a pesar de contravenir los propios principios del pensamiento científico.

Las disciplinas dedicadas a la conservación de la memoria no se han visto libres de semejantes plagas. Aunque, afortunadamente, tampoco han faltado un puñado de voces críticas que se dedicaran a identificar los problemas y a denunciarlos. La cultura digital trabaja desde marcos menos rígidos y jerárquicos, mucho más flexibles y adaptables. La carrera por los honores no suele ser el motor que motiva el trabajo; lo es, más bien, la curiosidad. La competitividad no predomina en las labores en equipo: suele haber un fuerte componente colaborativo, de interacción y crecimiento, de aprendizaje y debate. Los ambientes no suelen ser monotemáticos (como ocurre en la Academia, en donde lo multidisciplinar es la excepción), sino totalmente diversos, plurales, variados.

Los humanistas digitales aprovechan lo mejor de los dos mundos: la solidez de las disciplinas académicas y sus métodos de construcción de conocimientos, y la flexibilidad del universo virtual.

Con esas herramientas se enfrentan a problemas, preguntas y dudas y buscan soluciones innovadoras: soluciones que, tomando lo que se tiene a mano, lo utilicen de forma diferente a como se lo ha usado hasta el momento. Es decir, de una forma nueva.

Las humanidades digitales tienen un fuerte componente de rebeldía y de inconformismo. Pues solo desde el inconformismo es posible no aceptar el valor de las reglas y las normas sociales y académicas actuales y buscar otros horizontes posibles; y solo desde la rebeldía es posible disputar y desafiar los postulados del *statu quo* moderno, y construir nuevos caminos. Caminos que siempre se hacen al andarlos.

CAMINOS A FUTURO

Las humanidades digitales se están convirtiendo en el nuevo marco de trabajo de las ciencias sociales y humanas en general, y de las disciplinas de la conservación de la memoria en particular.

Aportarán nuevas formas de recuperación de la memoria colectiva. Formas en la que participen desde profesionales a humanistas *amateur*, y desde organizaciones académicas a la propia sociedad. Aprovecharán para ello el video de sus teléfonos o el audio de programas radiales, o señales piratas de TV, o de grabaciones de viejas conversaciones realizadas y corregidas por comunidades virtuales de editores. Las comunidades indígenas grabando sus lenguas en video y difundiendo en *YouTube* mediante proyectos como Global Voices son un ejemplo de cómo funcionan estos mecanismos.

Aportarán nuevas formas de almacenar esas memorias, y nuevas colecciones, que probablemente no estarán centralizadas, sino distribuidas, y tendrán numerosos formatos y variados contenidos, todos ellos organizados mediante todo tipo de etiquetas en lenguajes naturales y controlados.



Acervo bibliográfico del Archivo Municipal de Saltillo, 2018. Fototeca del AMS.

Aportarán nuevos métodos de análisis documental y nuevos medios de distribución y visualización, gracias a programas de código abierto que puedan adaptarse a proyectos y objetivos concretos. Aportarán métodos de acceso libre y abierto al conocimiento; métodos no tan nuevos pero indispensables en estos tiempos que corren.

Aportarán, sobre todo, valores muy necesarios. Nuevas estrategias que propugnen el uso de las herramientas a mano para lograr unos objetivos concretos. Nuevas perspectivas y un acervo de experiencias valiosas, aplicables en el área de la memoria y su conservación.

Se encontrarán con problemas, por supuesto. Más allá de la resistencia de los propios círculos académicos y de las estructuras jerárquicas, contrarias a cualquier tipo de cambio que implique una renuncia a sus privilegios, encontrarán un universo digital cada vez más amenazado por legislaciones, cepos y cadenas que pretenden limitar sus libertades y cercenar sus posibilidades. Y, al mismo tiempo, se encontrarán con brechas digitales y tecnológicas difíciles de salvar en un mundo en donde otras brechas —económicas, sociales, políticas— se están profundizando todos los días.

APUNTES FINALES

La humanidad se enfrenta a una serie de desafíos globales, reflejados perfectamente en los objetivos y metas de la ya mencionada Agenda 2030 de Naciones Unidas. En un mundo con cada vez menos recursos disponibles y una huella humana cada día más evidente, es preciso buscar caminos seguros a futuro.

En un momento crítico como este es preciso que los seres humanos tengan acceso a toda la información relevante disponible. También a todos los fragmentos conservados de su memoria colectiva, y a la memoria que aún circula, viva, por sus calles y talleres, por sus cocinas y plazas.

Las bibliotecas, los archivos y el resto de las instituciones de gestión de memorias —asuman la forma que asuman, se llamen como se llamen— tienen que estar atentas. Tienen que estar activas. Tienen que despojarse de muros y barreras y comprometerse con unas sociedades que necesitan información, ahora más que nunca. Información de calidad, no seleccionada por un autómatas sino por una persona consciente del valor del bien que maneja y de la necesidad de la actividad que realiza.

Las nuevas herramientas y la cultura digital permitirán desarrollar determinados servicios con

más flexibilidad, más libertad, más eficiencia, enriqueciéndolos en ocasiones. Es preciso tener estos elementos en cuenta, conocerlos en profundidad para sacarles el mejor partido. Pero es igualmente necesario recordar que son herramientas. Y, como tales, son inservibles si nuestros ojos están cerrados, si no afilamos nuestras mentes, si no estrechamos nuestras manos, si no pensamos por nuestra cuenta y riesgo, y si no aprendemos de una vez lo necesaria que es la crítica, y el debate. Ninguna herramienta hará eso por nosotros. Porque ninguna está viva, ni tiene identidad, ni historia, ni raíces, ni memoria. Ninguna sufre, ninguna triunfa, ninguna ríe o llora. Eso es un rasgo humano. Eso es un rasgo nuestro.

Seamos humanos, pues. Hagamos el mejor uso de nuestras capacidades y de las herramientas que tenemos a nuestra disposición. Y, con ellas, protejamos nuestra memoria colectiva. Al fin y al cabo, y tal y como están las cosas, es lo único realmente valioso que dejaremos en herencia a las generaciones venideras.

Edgardo Civalero es bibliotecario, investigador, escritor, docente y músico nacido en Buenos Aires. Actualmente se desempeña como coordinador de la biblioteca de la Estación Científica de la Fundación Charles Darwin, en las Islas Galápagos, en Ecuador. Es licenciado en bibliotecología y documentación: se especializa en la clasificación del conocimiento, las humanidades digitales, la tradición oral, los servicios bibliotecarios para pueblos originarios y minoritarios, y los sonidos amenazados (lenguas y música). *El presente texto para la *Gazeta* es un fragmento de la conferencia presentada en el XXI Congreso Internacional de Bibliotecología. Chile, 2017.



BIBLIOGRAFÍA

- Burdick, Anne, et al. (eds.) (2012). *Digital Humanities*. Cambridge (MA): The MIT Press.
- Civalero, Edgardo. (2012). *Contra la "virtud" de asentar está el "vicio" de pensar: Reflexiones desde una bibliotecología crítica*. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civalero/95.pdf>
- Civalero, Edgardo. (2016). *Un faro, un puerto: De bibliotecas, máquinas y pérdidas*. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civalero/145.pdf>
- De Zan, Julio. (2008). Memoria e identidad. *Tópicos. Revista de Filosofía de Santa Fe (Argentina)*, 16, pp. 41-67.
- Moffett, M. W. (2013). Human identity and the evolution of societies. *Human Nature*, 24 (3), septiembre, pp. 219-267.
- Schreibman, Susan, et al. (eds.) (2004). *A Companion to Digital Humanities*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Terras, Melissa, et al. (eds.) (2013). *Defining Digital Humanities. A Reader*. Surrey: Ashgate Publishing Ltd.